

Ernesto Langer Moreno

El Hombrecillo de los Cuentos

Había una vez en un país muy lejano y muy rico un príncipe a quien le divertía hacer traer a su corte a los personajes más curiosos. Con ello el príncipe estimulaba fervorosamente su imaginación y colmaba, al menos en parte, su extraordinaria curiosidad por los misterios de este mundo. Y como esta práctica se había casi convertido en una obsesión, todos los años tenía ante sí uno o dos "casos curiosos" dignos de ser considerados.

Sucedió que un día le trajeron a la corte a un hombrecillo que no debía medir más de unos 80 centímetros y que, siendo muy hablador, no terminaba de contar una historia cuando ya comenzaba con la siguiente.

Era divertido verlo gesticular su interminable repertorio y el príncipe, al escucharlo, no pudo determinar si eran las historias o el modo que tenía éste de contarlas, lo que hacía tan interesante la presencia de este hombrecillo en su corte.

Varias veces intentaron hacerlo callar, pero el hombrecillo parecía no entender y continuaba con sus historias.

Al cabo de un tiempo de inútiles esfuerzos, el príncipe se sentó en su trono y haciendo un gesto para indicar que dejaran tranquilo al invitado, se puso a escucharlo atentamente.

El hombrecillo al ver que el príncipe prestaba ahora atención a sus palabras, hizo una pausa interrumpiendo su relato, tomó un respiro y se dirigió al príncipe de la siguiente forma:

" Conozco a un hombre, dijo el hombrecillo, que ha vivido muchos años y su sabiduría es casi incuestionable. Estoy seguro de que él conoce el número exacto de las estrellas en el cielo y, además, el de los granos de arena de todas las playas del planeta.

Le gusta contar historias y cuando lo hace, cuenta una detrás de la otra, por lo que es posible pasar varios días escuchándolo sin interrupción.

Yo viví con él aprendiendo su oficio y he llegado a poder contar historias que alegran hasta el éxtasis o que entristecen hasta las lágrimas a quienes las escuchan.

Tú, le dijo, mirando al príncipe directamente a los ojos, que parece disfrutar conociendo las cosas más increíbles, seguramente sabrás encontrar la perla escondida en cada una de estas historias, y encontrándolas podrás al fin obtener un buen premio que gratifique el don de tu singular curiosidad.

El único requisito para esto es que escuches las historias sin detenerte, sea de día o de noche, sin dormir y sin importar lo que tarden en contarse. De lo contrario, no obtendrás el premio que te ofrezco y sufrirás en cambio algo espantoso. Pero si lo logras, serás un mejor príncipe y sin dudas, un mucho mejor hombre".

El príncipe después de escuchar esta insólita introducción no dijo una palabra pero, asintió con la cabeza, acomodándose en su trono y bebiendo un sorbo de vino de su copa.

Entonces, el hombrecillo, tomando este gesto como una afirmación, sin perder un segundo, se puso a relatar su primera historia acerca de un mago y sus extraordinarias experiencias:

El Hombrecillo de los Cuentos:

Primera Historia

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Como sus ancestros los magos, los druidas y todo tipo de esotéricos y alquimistas dedicados a lo fantástico, él también se esforzaba por encontrar la piedra filosofal. Pero esta vez no para convertir un metal cualquiera en oro, sino que para convertir la tristeza en felicidad. Como si eso fuera posible; que un ser humano pudiera por arte de magia trastocar toda la miseria de la humanidad de la noche a la mañana, y lograr que los hombres vivieran por fin felices sobre la faz de este planeta.

Y como el asunto no era de pequeña monta, él había tenido que repasar todos los antiguos escritos de sus antecesores, escarbando entre ya gastadas palabras mágicas y olvidadas recetas de pociones capaces de convertir a un hombre en sapo o a una rana en una dulce princesa.

Pero, como ahí no encontró nada de valor que sirviera a su propósito, y cuando ya se hubo convencido de aquello, no le quedó otra cosa que contar únicamente con su creatividad, con el conocimiento depositado en su alma de mago y con los secretos misterios escondidos en algún rincón de su joven espíritu.

Así es que comenzó a hurgar dentro de sí mismo como última esperanza de encontrar lo que buscaba. A la sazón: el poder cambiar la tristeza en felicidad. Entonces, del fondo de su corazón expectante y agitado, una voz interior insistía en llamar su atención para poder decirle algo. Y como era tanta su insistencia, Cristóbal, que así se llamaba el mago, no opuso objeción, y se dispuso a escucharla:

" Yo sé lo que buscas, le dijo la voz, y puede que obtengas alguna respuesta si prestas verdadera atención a mi relato; y comenzó:

- En el transcurso de siglo XI o XII, poco importa, existía otro mago como tú, que siendo súbdito de un rey que heredara después de la muerte de su padre de 81 años, un vasto territorio situado entre el mar y la montaña, tuvo ya en ese entonces la misma idea que ahora agita tu espíritu de emprender tal aventura. Aunque éste decidió, por prudencia, intentar la hazaña únicamente con los habitantes de su villa, para así hacer primero una prueba, y si ésta resultaba, decía él, se dedicaría a recorrer el mundo con su fórmula y a transformarlo por completo, seguro de que todos lo aprobarían.

En fin, después de varios años alcanzó algunos logros. Si bien no pudo encontrar la fórmula para cambiar la tristeza en felicidad, al menos había encontrado como curar las penas y no fueron pocos los villanos que pudieron gozar de este enorme y singular beneficio.

Cuando llegó a oídos del rey que en sus tierras había un mago que lograba curar las penas y que, además, la ambición de éste era poder desterrar la tristeza del planeta, interesado, lo mandó a llamar para interrogarlo.

El mago compareció ante el rey de buena gana. Entonces el rey le preguntó qué era eso de tratar de volverlos a todos felices; pensando ya el rey en la manera en que, si esto era posible, podría transmitirlo a todos sus súbditos y obtener no pocas ganancias con este asunto.

El mago explicó al rey sus intenciones y logros con lujo de detalles, dejándolo tan impresionado que el rey le pidió que se viniera a trabajar al palacio como su mago personal y dispusiera de cuanto necesitase.

Al cabo de un tiempo el mago encontró la fórmula precisa para erradicar la tristeza y se la comunicó a su soberano, quien impaciente dispuso que cada súbdito de su reino bebiera sin vacilar la fórmula fantástica.

El rey esperaba que estando todos felices y contentos no tendrían entonces problema para trabajar más y aceptar cualquier edicto que él les impusiera, sin mostrar la más mínima oposición y aumentando con ello su poder y su riqueza. Pero, cuando el elixir hizo su efecto, los súbditos del rey se sintieron tan felices, que el sólo hecho de respirar los saciaba por completo, los llenaba de una paz y de una alegría maravillosa, por lo que dejaron de trabajar.

¿Para qué trabajar, si ya lo tenían todo? Cada uno era feliz con lo suyo y en su lugar. Así que todo el reino se paralizó, y pululaban desde ese día en las calles las gentes ociosas y felices.

Al rey, que no había probado la pócima, por supuesto que esto lo disgustó en extremo y mandó a ejecutar de inmediato al infortunado mago, cosa que tuvo que hacer él mismo por falta de guardias que lo quisieran obedecer.

Finalmente al rey, en su desesperación, no le quedó otra cosa que beber él también del elixir y convertirse en un hombre feliz, despreocupado por las cosas vanas de este mundo y dedicado a disfrutar de la naturaleza y de lo que el destino le deparara.

Desgraciadamente para ellos, y al contrario de lo que pudiera pensarse, esto fue la causa de su ruina y la de su triste perdición. Porque sus vecinos, más belicosos, se aprovecharon de este espíritu alegre y pacifista para declararles la guerra y casi exterminarlos, apoderándose sin mayor esfuerzo de un nada despreciable botín ."

Al terminar de contar esto la voz desapareció dejándolo ahí triste y confuso, casi sin ganas de continuar adelante con su proyecto. Cristóbal tuvo que hacer en verdad un gran esfuerzo para recuperarse y lograr poner en orden sus pensamientos otra vez. Y cuando en esto se afanaba, escuchó otra voz, que con la misma insistencia de la anterior intentaba llamar su atención para poder decirle algo.

" Escúchame, le dijo ésta, conozco lo que buscas y puede que obtengas alguna respuesta si escuchas atentamente mi relato; y comenzó:

- Hace ya algún tiempo hubo también otro mago como tú que, intentando encontrar la fórmula para trastocar la tristeza en felicidad, cosechó grandes éxitos.

A este mago también lo mandó llamar el rey cuando escuchó hablar de él y de su intención de exterminar la tristeza del planeta y alcanzar para todos la completa felicidad.

Pero, este rey, que era dadivoso y comprensivo, no tenía el deseo ardiente del otro de aprovecharse de lo que fuera para aumentar su poder y su riqueza a costa del trabajo de los demás. Por eso, cuando el mago hubo encontrado la fórmula perfecta, éste se regocijó en extremo pensando en cómo haría de felices a sus súbditos y ordenó también con un edicto que todo el mundo bebiera la pócima.

Como en el reino anterior, en éste también sus habitantes se volvieron felices y ociosos, contentos con lo que tenían y agradecidos a Dios por el sólo hecho de respirar y de existir.

El rey vio esto con muy buenos ojos y se sintió tan feliz aun antes de beber la pócima, que nombró al mago su primer ministro, y como primera orden le pidió que inventara algo que permitiese a su gente permanecer felices y a la vez productivos, para bien de sí mismos y del reino.

El mago, manos a la obra, muy pronto descubrió la forma por la que ese reino se convirtió en el reino más limpio, más hermoso y más organizado de esos lugares, al punto que llegó a ser el ejemplo para todos los demás."

Cristóbal a estas alturas del relato ya había recobrado sus fuerzas y, súbitamente, sintió una energía positiva enorme circulando por todo su cuerpo.

La voz calló, pero se quedó allí como esperando algo.

Entonces, Cristóbal, aprovechando ese momento, le preguntó si conocía la fórmula mágica y si era posible que la pudiera de ella escuchar.

"La conozco, respondió la voz, pero antes que la puedas utilizar, yo te prevengo, tienes que conocer qué tipo de rey es el que reina sobre ti. No vaya a ser que pierdas tú también tu cabeza, como el mago anterior, y en vez de felicidad le lleves desgracia a los que tan generosamente pretendes favorecer."

II

Entonces, Cristóbal, decidió subir a la montaña para reflexionar aprovechando, como un anacoreta, el silencio de las piedras; preparándose así para salir en búsqueda del conocimiento del espíritu que reinaba sobre los que detentaban el poder.

Durante todo el día subió sin fatigarse, hasta que al llegar la tarde escuchó la voz de un hombre que casi sollozaba lo siguiente, no muy lejos de donde él se encontraba:

" Oh suerte, que no has querido dejarme disfrutar de una buena fortuna y que me has convertido en el más infeliz de los hombres, ¿Es posible que yo esté todavía con vida, siendo que el reposo que da la muerte podría ya haberme liberado de este cruel suplicio de tener que arrepentirme cada día de mis fatales errores? "

El que decía estas amargas palabras era un hombre más bien maduro, pero no viejo, que estaba sentado sobre una gran piedra que se encontraba dentro de un estrecho círculo mágico que le impedía salir.

El prisionero del círculo se alegró grandemente cuando divisó a Cristóbal acercándose y antes de que éste llegase comenzó a decirle lo que sigue:

"Bienvenido caminante, que pasas tal vez sin quererlo por el lado de esta triste y abandonada persona. Si dispones de algún tiempo, puede que mi historia te entregue cierto preciado tesoro, que si no se trata de lo que es menester hacer para vivir como un hombre dichoso, sí se trata de lo que hay que evitar de hacer para no perder esa ansiada felicidad.

El siguiente es el relato de mi vida y de mi desgracia:

- Tienes que saber, Señor, que mi padre era el rey de un vasto territorio guardado entre el océano y la montaña, y que éste vino a morir a la edad de ochenta y un años, dejándome como único heredero al trono a mis quince años recién cumplidos.

Habiendo asumido la corona hacía ya casi una década, conocí a una mujer, no mal dotada, que se convertiría luego en mi esposa y en la reina de todos mis súbditos.

Los primeros años de nuestra vida juntos fueron un regalo de Dios. Éramos felices y siendo de este modo nos llegó la madurez.

Pero mi reina comenzó de pronto a fijarse en aquello que antes no le había llamado mucho la atención, es decir, las joyas y el poder.

Entonces, sabiendo el amor que yo le profesaba, me pidió cada vez más y más hasta que, aunque parezca increíble, toda mi fortuna se hizo poca para satisfacer los deseos de ésta ahora insaciable y caprichosa mujer.

Tuve que comenzar a gravar a mis súbditos con onerosos impuestos a fin de darle en el gusto en todo lo que ella me pedía, que como ya le he contado, era cada vez más y más, sin que pareciera tener fin.

Un día supe de un mago que viviendo en una de las villas de mi reino había sido capaz de encontrar la manera de quitar las penas y que, aún más, tenía éste la intención de hallar la fórmula para poder cambiar la tristeza en felicidad.

Sin dejar que el tiempo pasara lo mandé llamar, con la esperanza de que trabajando para mí por un buen salario, y teniendo a su disposición todo lo que necesitase, consentiría éste en darme la fórmula para volver a todo el mundo feliz si por gracia la llegaba a descubrir. Esto podría hacerles mucho menos pesada la carga a mis súbditos y podrían ellos aceptar de mejor gana los impuestos con los que yo me veía obligado de tenerlos que gravar.

Debo confesarle, Señor, que yo ya casi había perdido mi espíritu con tanta presión y mis emociones se encontraban por lo tanto un poco desequilibradas, al extremo de no estar muy seguro de las decisiones que tomaba. Pero, en fin, el mago al cabo de un tiempo consiguió lo que buscábamos y yo ordené a todo el mundo beber la pócima.

Entretanto, todo esto era seguido secretamente por mi mujer, la que estando poseída ya completamente por la codicia, tenía puestos sus ojos en cada uno de mis actos concernientes a este asunto. Cuando la gente hubo tomado la pócima mágica se volvieron todos sumamente felices, y tanto, que cesaron de trabajar sintiéndose dichosos por el sólo hecho de respirar y de existir.

La reina, enterada de ello y comprendiendo que sus planes para lograr que el pueblo trabajara más a fin de aumentar sus riquezas habían fracasado, me llenó de reproches, los que me confundieron aún más y me llevaron a ordenar, desgraciadamente, la ejecución del mago, quien a la sazón me parecía era el responsable de todo lo sucedido.

Pero, ese no fue mi único error, como es posible creer, sino que llevado por la desesperación, bebí yo también la pócima mágica y me convertí en un hombre feliz. Situación ésta que mi mujer, enojada como estaba, aprovechó para ir a vendernos a nuestros peores enemigos.

Imaginará usted lo fácil que fue para nuestros vecinos el apoderarse de nuestro reino y el matarnos como a corderos o someternos a la esclavitud.

Mi suerte, sin embargo, fue un poco distinta a la de los demás, porque mi mujer, enervada por mi fracaso, se encargó de conseguir los servicios de otro mago al cual le pagó

generosamente para que me lanzara el hechizo que ella había tramado con tanto resentimiento como tenacidad.

Y he aquí la causa de mi actual situación, el motivo por el cual me veo obligado a permanecer encerrado en este círculo desde donde no puedo siquiera pensar en escapar, y donde me queda únicamente espacio suficiente para girar alrededor de esta piedra, lamentándome de mi mala fortuna y terrible condición."

Habrá usted sacado sus propias conclusiones, dijo el prisionero del círculo a Cristóbal, quien sin vacilar le respondió: Más de lo que usted se imagina, Señor. Y los dos juntos, cansado el uno de hablar y el otro de escuchar, uno a cada lado del círculo, se pusieron a dormir.

III

Al otro día, al amanecer, Cristóbal viendo que poco o nada podía hacer por ayudar a ese pobre infeliz y pensando que ya había reflexionado lo suficiente, empezó su descenso a la civilización, con la esperanza de encontrar allí la respuesta que buscaba acerca de él o aquellos que detentaban el poder.

En eso llegó hasta una ciudad muy hermosa y brillante que resplandecía por su limpieza; donde cada cosa parecía estar en su lugar y donde además la gente era muy alegre y servicial.

Alojándose en una posada de esta ciudad, Cristóbal vio llegar la noche y al cielo llenarse de estrellas, así como también vio las siempre limpias calles iluminarse con el fuego de innumerables antorchas.

Cuando se disponía a dormir, cuán grande fue su sorpresa al escuchar un ruido como de niños, entre murmurando y quejándose, y que al parecer venía avanzando penosamente por las iluminadas calles de la ciudad. Por supuesto que se asomó inmediatamente a la ventana con la esperanza de ver lo que ocurría pero, no pudo ver nada, aunque aún podía escucharse el mismo griterío casi infernal.

Como el tenor de los hechos lo había golpeado tan duramente, no tuvo ánimo para volver a su cama y en cambio decidió vestirse y salir a investigar. Afuera parecía que todos los habitantes se habían esfumado, no habiendo dejado ni siquiera la más mínima evidencia de sus actividades del día anterior.

Corrió por dos o tres cuerdas y como no encontró a nadie, regresó a la posada donde pasaba la noche. Una vez de vuelta en su habitación, se encontró con un viejo arrugado y de pelo largo, con las uñas descuidadas y mal vestido, que le esperaba sentado en un sillón.

El viejo apenas se movió cuando Cristóbal cerró la puerta y dándose cuenta de su presencia, le inquirió:

- Pero, ¿Quién es usted, y qué es lo que sucede aquí?

Supongo que querrá una buena explicación, le respondió calmadamente el anciano, sin inmutarse al contestar. Pues bien, la tendrá, yo se la daré, bajo la sola condición que me prometa que mañana se marchará y no volverá a poner pie en esta ciudad so pena de sufrir la misma tragedia que los que tienen en ella su morada."

Cristóbal asintió intrigado y apoyando su cuerpo en la pared, se dispuso a escuchar.

"Esta ciudad era la capital de un poderoso reino gobernado por un santo varón. Dávioso él y poseedor de un gran corazón, cada uno de sus generosos actos se debía al gran amor que sentía por sus súbditos.

Un día supo éste de un mago que buscaba la fórmula capaz de cambiar la tristeza en felicidad y lo mandó llamar.

Con la ayuda de este mago consiguió volver a todos sus súbditos felices pero, como este estado de felicidad hizo que además se volvieran todos ociosos, al sentirse cada uno feliz con lo que tenía y sin necesidad de nada más, el soberano que había nombrado en agradecimiento al mago su primer ministro, le dio como primera orden la de descubrir algo que hiciera que sus súbditos, además de felices, pudieran también tener todo lo necesario para su existencia material.

El mago no tardó en encontrar la solución; un arreglo extraño que yo sé bien que al contárselo escuchará usted cosas que no se podría de otro modo siquiera imaginar:

- Como el mago se dio cuenta de que su pócima afectaba principalmente a personas adultas y que a aquellos de menor edad, que eran los más, sólo los volvía felices por un muy corto tiempo, ideó un método aprovechándose de la absoluta complacencia de los mayores para que los niños se encargaran de todo el trabajo. Así, niños desde tres a doce años tuvieron que encargarse de mantener próspero y limpio el reino. Tarea que ellos hicieron y bien, porque llegaron incluso a hacer de este reino un ejemplo para todos los demás."

Cristóbal esta vez fue estremecido por la crueldad del relato y no podía decir una palabra, así es que se quedó mirando al viejo que se detuvo por un momento a respirar.

-Pero, eso no es todo, prosiguió el viejo. La razón por la cual cuando usted salió a las calles de esta ciudad no pudo encontrar ni una sola alma, es que cada noche sus felices habitantes deben salir de ella para dejar que un verdadero ejército de niños pueda quitarle hasta la última partícula de polvo que se encuentre, dejándola reluciente como ahora se ve.

El rey no supo nunca nada sobre esto, pues el mago lo mantuvo engañado mientras vivió.

Después de algunos años el mago también quitó este mundo, pero no sin antes dejar un perfecto e inescrupuloso sistema funcionando, una verdadera máquina generadora de

progreso y felicidad, parte de la cual usted ha tenido, esta noche, la buena o la mala fortuna de conocer.

Usted, le dijo ahora en un tono más subido, sacará sus propias conclusiones, pero yo lo conmino a dejar mañana a primera hora este lugar, porque en este reino cualquier extranjero puede también correr la misma suerte que los habitantes de esta ciudad."

EPÍLOGO

Con todo lo sucedido, Cristóbal, no sabía ya realmente qué pensar y abandonando la ciudad, mientras caminaba, sintió que si seguía adelante con este asunto podía muy bien perder el espíritu, por lo que decidió que, al igual que como no había podido encontrar nada valioso para su trabajo entre el preciado legado de sus antecesores los magos, tampoco podía dar crédito a lo que de forma tan convincente le habían narrado las dos voces venidas de su propio mundo interior.

Y como al mismo tiempo esto lo había vuelto extremadamente desconfiado, y ahora ya no estaba tan seguro que el poder transformar la tristeza en felicidad pudiera, después de todo, servir a alguien y hacerle la vida mejor, entonces, so pena de llegar a ser tan crédulo como los niños o tan insensato como los locos, prefirió desistir de su proyecto. Decisión ésta que, librándolo de su carga, lo volvió de inmediato, completamente feliz.

El hombrecillo se detuvo finalmente por un instante, esperando ver alguna reacción del príncipe, quien habiendo escuchado la historia durante todo el día y gran parte de la noche, aún no parecía dar muestras de cansancio y escuchaba atentamente afirmando su cabeza con uno de sus brazos.

" Veo, Señor, le dijo, que esta historia te ha hecho reflexionar y creo también que es muy posible que con tu inteligencia ya casi hayas descubierto parte de su profunda enseñanza.

Permítame ahora su señoría que continúe con una historia que muy bien podría titularse "Tretas de ángeles" y la que es, en todo caso, un poco diferente a la primera y hasta más graciosa pero, que tampoco fallará en aportarle otra perla de profunda sabiduría.

Segunda Historia

TRETAS DE ÁNGELES

Mi Señor, el frío es un cruel enemigo para aquellos que siendo pobres, poco o nada tienen para abrigarse y enfrentarsele.

Una noche, negra y helada como el interior de un pozo, un hombre desgarbado y a todas luces atacado por la fatalidad, intentaba calentarse con una pequeña fogata hecha de palos y hojas secas que se consumían rápidamente. Sus pensamientos divagaban y su cuerpo entero tiritaba sin poderlo remediar.

Entonces, de pronto, le llegó compañía: dos villanos tan pobres y mugrientos como él que, amparados en la bebida, se verán un poco más alegres.

- Mi buen amigo, dijo uno de ellos al llegar, he aquí el elíxir para ganarle al frío la batalla, y mostraba la botella con licor hasta la mitad. Bebe un poco y se feliz.

Y ya eran tres los que zarandeados por el frío, el hambre y la mala suerte limpiaban su interior con ese ardiente fuego purificador.

Al rato comenzó la siguiente conversación:

- Lo que nos hace falta son tres hermosas plebeyas, dijo uno, tres hembras cariñosas que nos ayuden a sobrellevar con mejor ánimo esta vida, pero ¿cómo?. Ése, al parecer, es un manjar que no nos corresponde.

- Tendríamos que cambiar de aspecto, continuó otro, asearnos y conseguir nuevas vestiduras para siquiera poder pensar en tener una oportunidad.

- Pero, lo veo difícil, agregó el tercero, aunque soñar no cuesta nada.

Cuando estaban en eso, de pronto, se escuchó el sonido de un carruaje deteniéndose apresuradamente y el golpe de una puerta cerrada con violencia. Atraídos por esto encontraron el cadáver de un hombre muy bien vestido que casi con seguridad había sido arrojado allí desde ese coche.

Se miraron los tres y como si se hubiesen adivinado el uno al otro los pensamientos, dijeron al unísono: tendremos que echarlo a la suerte.

Uno de ellos ganó, pero a ese, desgraciadamente, el traje no le quedó bien debido a su delgada contextura. Entonces al probárselo los otros, encontraron que a uno de ellos le quedaba tan bien, que consintieron en que debía ser éste quien portara las prendas.

Sucedido lo sucedido, los tres amigos se alentaron el uno al otro y comenzaron a urdir un plan.

El ganador, no por sorteo sino que por físico, tendría que sufrir un tratamiento completo de belleza: un buen arreglo del cabello, una afeitada, cortarse las uñas y hasta enderezarse un poco. Sólo así podría vestir el traje e intentar cumplir con lo acordado.

Una vez que hubieron realizado todo lo anterior y que uno de ellos se vio radicalmente cambiado de figura, al extremo que al mirarse creyó casi desfallecer, todo parecía estar saliendo a pedir de boca.

Esta bonanza, sin embargo, incomodó al recién investido caballero por lo que pidió prudencia, no fuera que por precipitarse pudiera algo salir mal. Entonces, el mismo, obligado como se veía de tener que cumplir no ya con una pequeña encomienda sino que con toda una responsabilidad, decidió contar, primeramente, la siguiente historia a sus dos amigos:

" Tengamos cuidado amigos, que aunque es verdad que no tenemos nada que perder, siempre hay que ser cuidadosos. Uno nunca sabe, y eso, lo sabemos nosotros muy bien.

Escuchen esta historia de mi vida que podrá a lo mejor darles con bastante propiedad un ejemplo de lo que les trato de decir:

- Era yo un hombre con una muy buena dote que gustaba de ayudar a los demás, sintiéndome con ello tan bien que llegué a pensar que ésa era mi única y verdadera vocación. Así pasaron muchos acongojados individuos por mi castillo, sin que ninguno saliera de él con las manos vacías, porque yo hacía hasta lo imposible por solucionarles sus problemas.

Mis asuntos iban bien y yo me sentía, en realidad, casi obligado con mi prójimo.

Un día, y me acuerdo como si hubiese sido ayer, llegó hasta mi puerta una pobre mujer que contándome acerca de su próximo e inminente fallecimiento a causa de una grave enfermedad, me pedía, por caridad, que me hiciera cargo de su pequeña hija, temerosa por lo que le fuera a suceder a ésta una vez que ella no estuviera más.

Tuve que aceptarla. Y digo que tuve porque ella no me dejó otra elección, ya que después de pasarme la criatura cayó muerta en ese mismo lugar.

La niña creció conmigo sin que le faltase nada, tenía cariño, comida, entretención, vestidos y la mejor de las posibilidades, hasta que como a los diecisiete años se convirtió en una bella e interesante mujer.

Yo tenía a la época unos 42 años y tengo que confesar que aunque me creía maduro para muchas cosas, pensé que pecaba entonces de imprudencia, porque sin darme cuenta, me enamoré perdidamente de mi protegida.

Grande fue mi sorpresa al saber que era correspondido y, sin que pasara mucho tiempo, celebramos nuestro matrimonio.

Pero, al año de casados, cuando todo iba tan bien que la vida nos sonreía y parecíamos estar en el paraíso, sucedió algo espantoso, tan doloroso que me es hasta difícil de relatar.

Mi protegida, habiendo heredado de su madre la misma enfermedad mortal, me dejó solo en este mundo, pero no sin antes haberse llevado mi alma con ella.

Todo iba bien, ¿lo ven ustedes?, les dijo con la voz un poco quebrada, y sin embargo....

Por supuesto que no pude aguantar. La vida se me hizo insoportable y solamente por cobardía no terminé con ella para irme a reunir con mi querida esposa. Así que con el tiempo lo dejé todo y aquí estoy, como un alma en pena. Si he accedido ahora a esta insólita empresa fue únicamente llevado por lo poco que me queda de esa vocación de servicio, y para intentar hacerlos a ustedes felices.

Por lo tanto, tengan en cuenta, prosiguió, que a veces cuando uno cree que todo va bien, eso no es tal, y a la verdad se aproxima una desgracia.

Pero, claro, no me malentiendan, yo iré y cumpliré con lo planeado."

Una vez dicho esto, y cuando se disponía a partir, algo extraño le sobrevino impidiéndole moverse.

Sin poder hacer otra cosa, sus amigos le quitaron el traje y vistiéndolo con sus antiguas prendas lo tendieron en el suelo a descansar.

Habiendo pasado el tiempo y sin poder recuperar el total movimiento de sus miembros, el que se había tanto preparado, tuvo que desistir y abandonar.

Entonces, otro de los amigos, a quien el traje sin quedarle tan bien no le quedaba tampoco tan mal, comenzó a pensar que tal vez no sería mala idea que lo intentara él.

Se sometió igualmente a un intensivo tratamiento de limpieza: Bañarse, arreglarse el cabello, la barba, y cortarse las uñas de las manos y los pies.

Cuando se hubo acomodado el traje lo mejor que pudo y antes de partir, tomó la palabra dirigiéndose a sus dos amigos:

" Queridos amigos, antes de partir yo también quisiera relatarles a ustedes la historia de mi vida. No con el afán benevolente de nuestro compañero, quien nos relató la suya con el fin de ayudarnos a comprender una verdad, sino que, únicamente, con la intención de que ustedes conozcan mejor a quien envían ahora para que por su intermedio se cumpla su deseo:

- Nunca fui un santo. Desde niño acostumbraba vagar por las caminos hurtando lo que pudiera para sobrevivir. La vida no me fue nunca fácil. Me vi viviendo entre bandidos y conocí la dureza y el encierro atroz de los calabozos del reino.

Entonces, caí en la bebida, como una forma de mitigar mi dolor. Primero fue el vino, luego el ron y el coñac. Por supuesto que robaba para poderlo comprar y hasta no hace mucho hubiera sido capaz de matar por conseguirme un trago.

Toda mi vida ha sido un cúmulo de fracasos: no tuve nunca un trabajo honrado, no me casé ni formé nunca una familia. Por suerte que no soy enfermizo y he aguantado los embates del frío y el calor. Pero, verdad es que no tengo ahora ninguna clase de pretensión, así que,

¡salud!, interrumpió, y contando su historia, intentando con esto tomar un poco de valor, se empinó una botella bebiendo un largo trago sin detenerse.

- Mujeres sólo conocí a las más bajas y perdidas, continuó, borrachas y sucias, nunca conocí la que pudiera llamarse una "dama", así que razones tengo de más para estar nervioso con el plan, pero, ¡salud!" Y entre salud y salud, cuando terminó su historia y se abrochó bien el cuello de la camisa para darse el último toque y despedirse, cayó súbitamente de espaldas borracho como nunca, aunque tal vez también atacado por los nervios, para quedarse ahí, sin ser capaz tampoco de poderse levantar.

El tercer amigo, el único que quedaba en pie y que había sido el que previamente ganara el sorteo, pensó que el destino se empeñaba en que fuera él quien cumpliera con la misión. Así que, con este pensamiento, se sometió a similar tratamiento de limpieza que los otros: un buen baño, arreglo del cabello, de la barba, y corte de las uñas de las manos y los pies.

Cuando hubo cambiado también notoriamente de aspecto se puso el traje y antes de partir, aunque sus amigos no estuvieran en condiciones de escucharlo se puso a hablarles de su vida, sin deseos de ser el único de ellos que se quedara sin contarle su historia a los demás:

" Mi historia, amigos, es la de un flojo de remate. Nací así. Ya desde pequeño me costaba tener que mamar. Tampoco terminé mis estudios, principalmente por mi dificultad para levantarme temprano y tener que cubrir la corta distancia que separaba la escuela de mi hogar.

Nunca nada fue lo suficientemente interesante para mí, para que yo me motivara; ni las riquezas, ni las mujeres, ni el poder. Siempre he preferido dejar para mañana aquello que podría hacer el mismo día y a veces hasta me cuesta trabajo hablar o pensar.

De más está decir que yo mismo no tengo una buena opinión de mi persona y que jamás hubiese siquiera pensado en hacer el mínimo esfuerzo para vestir un traje como éste pero, ya que la vida y la suerte me lo dan y que ustedes amigos requieren de alguien que encarne su sueño y satisfaga por su intermedio sus deseos, me sacrifico y emprendo la aventura por los tres. "

Habiendo dicho esto, se arregló la capa y se limpió las botas con la manga de la chaqueta.

Después les dijo adiós y emprendió el viaje a la ciudad.

Pero, a la mitad del camino descubrió que la idea se le hacía cada vez menos atractiva, y que el sólo hecho de tener que actuar como el caballero que no era le había grandemente estimulado su flojera, lo que al final terminó por llevarlo a desistir de su propósito.

Y entonces cambió de dirección, se quitó el traje y se quedó allí esperando que sus amigos despertaran.

EPÍLOGO

Estando san Pedro a las puertas del cielo y habiendo observado todos estos acontecimientos, mandó a llamar a los ángeles de la guarda de los tres amigos y les preguntó:

- ¿Cómo es que han permitido que les sucedan estas cosas a sus protegidos. No les parece que ellos ya tienen suficiente con sus vidas tan trágicas?

Pudieran haber pensado que el sólo hecho de llevar a cabo con éxito una hazaña como esa podría haberles dado un alivio a sus tormentos. ¿Qué les ocurrió? ¿Qué han sido todas esas historias de idas y no idas tan curiosas? ¿Qué pretendían?

Y los tres ángeles respondieron entonces a la vez:

- Pero Señor, bien teníamos que encontrar la forma de asearlos a los tres.

El príncipe estaba gratamente sorprendido con el final de esta segunda narración y observaba maravillado al hombrecillo de los cuentos esperando con ansias la próxima historia. El hombrecillo por su parte notó la satisfacción en el rostro del soberano y creyó oportuno dirigirle estas palabras:

"Me alegra Señor que esta historia te divirtiera como lo ha hecho. Estoy seguro, además, de que a estas alturas te habrás dado cuenta de aquello que en estos cuentos brilla con mayor fuerza y se hace cada vez más evidente: que muchas veces las cosas no son como se ven, y que siendo de este modo casi todo relativo, dependiendo del cristal con que se mire, en la vida es mucho mejor tener una actitud tolerante que una muy dogmática. Y que es sabio entonces relativizar los juicios y practicar con esmero la prudencia, sobre todo cuando se sabe que no es posible obtener la certeza absoluta.

Todo esto es una gran verdad. Pero con todo no es ni la sombra del verdadero tesoro que te he prometido.

Aún me quedan historias que contar. Así que escucha:"

Tercera Historia

CUESTION DE CREENCIAS

Habiendo estado ausente por un muy corto período y habiendo regresado con una misión específica, la que guardaba celosamente en secreto, entraba y salía por las puertas de las casas del reino.

Y así transcurrió el tiempo. Varios años. Hasta que un día cruzó las puertas del castillo donde el gran Duque yacía moribundo.

Este Duque, aunque era uno más entre los nobles del reino, poseía, sin embargo, algo especial. El noble hombre había tenido durante toda su vida un comportamiento digno de encomio. Quitado de bulla había cultivado la verdadera sabiduría y practicado con esmero la prudencia.

Cuando el Duque moribundo lo vio entrar, le pareció reconocerlo inmediatamente, y pidiendo a sus acompañantes que los dejaran solos, una vez que estos salieron, lo invitó a sentarse a su lado.

- Creo saber bien quien eres, le dijo, y por qué has venido. Ten la amabilidad de decirme lo que tienes que decirme y así podré yo descansar.

El extranjero cerró los ojos por un instante y luego le habló:

- Amigo, he venido a verte porque, encontrándote muy cerca de la otra vida, es hora de que conversemos sobre algo fundamental. Sabemos que tú has practicado la prudencia y que no te has dejado llevar por necesidades. Pero, es hora de que se te pregunte sobre lo que tú crees. En qué crees y cómo lo practicas. Esto es tan importante, que según lo que tú confieses te mostraré un camino u otro, por el que tendrás que marchar posteriormente sin que te puedas arrepentir.

Entonces el Duque, moribundo, le expresó que como el tema no era sencillo él prefería contarle ciertas cosas con las que pretendía poder responderle mejor a su pregunta.

El extranjero accedió.

- Durante mi vida, dijo el moribundo Duque, tuve varias experiencias. Pero sobre todo en mi juventud me dediqué a recorrer el reino intentando extraer de cada experiencia una enseñanza que me permitiese comprender mejor la situación del hombre en este mundo.

Así, con el andar del tiempo, conocí a un hombre que, muy seguro de sí, predicaba a todos los vientos su verdad, y había logrado reunir en torno a su persona una cantidad no despreciable de discípulos que lo seguían incondicionalmente.

Interesado en ello me dediqué a observarlo, y sin que pasara mucho tiempo logré trabar con éste una singular relación.

Este hombre tenía en realidad un poder increíble. El ímpetu con que predicaba lo suyo dejaba notar que él estaba realmente poseído. No supe nunca si por el Espíritu Santo como él mismo afirmaba, o por el diablo, pero lo cierto es que sus palabras eran dichas con una seguridad abismante, capaz de sorprender a cualquiera.

En una oportunidad me confesó que él tenía la certeza absoluta de que si alguien no pensaba como él, entonces, este alguien estaba errado. Porque a él le hablaba el Espíritu Santo, y como no podían haber dos verdades, todos los otros tenían que estar equivocados.

Estos otros, decía, no podían entenderlo porque no habían recibido la revelación, y éste era un conocimiento revelado. Una verdad, que él aseguraba, Dios mismo le había dado a conocer.

Él era tajante: aquellos que no lo escuchaban vivían aún en el nivel inferior de la carne, es decir, como hombres carnales y no espirituales, y desde esa perspectiva sólo lograban ver al hombre que había en él y no al espíritu que hablaba por su boca. Siendo esto la causa principal de que persistieran en su pecado.

Todo esto me pareció de lo más curioso y continué con él por un tiempo. No porque compartiera sus creencias, sino porque me pareció un fenómeno digno de investigar.

Al pasar los días me di cuenta de que sus palabras distaban mucho de ser sinceras y correctas, porque su comportamiento no reflejaba en nada lo que con sus labios predicaba. Había tal cúmulo de contradicciones; y su único método consistía en descalificar a los demás intentando imponer su personal punto de vista, para ver a los otros subyugados.

Pensé que allí no se encontraba en verdad ninguna luz, sino que al contrario, sólo confusión y tinieblas, así que, sin decir nada, me alejé.

En otra etapa de mi vida conocí a un personaje totalmente distinto del primero. Un poeta solitario que amaba el silencio y los lugares apartados. Él me contó que había pasado largas horas de insomnio dándole vueltas a sus preocupaciones metafísicas y que, finalmente, siempre se encontraba allí donde mismo había partido: en el mismo problema existencial sin solución .

El calvario había sido, sin embargo, bastante largo. Había estado mucho tiempo ocupado en experimentar y tratando de encontrar alguna respuesta. Tenía pergaminos llenos de intrincados apuntes y decenas de escritos leídos y releídos sobre el tema, sin haber podido nunca llegar a alguna conclusión aceptable.

Me pareció éste un hombre más sincero que el anterior, pero un ser trágico y poseído por una especie de fatalidad. Además, como en todos sus poemas lo expresaba, el sufrimiento rondaba su existencia y parecía haberse metido en un laberinto que no tenía fin.

Lo más insoportable, decía él, era ese sentimiento permanente en su corazón, algo que podría haberse confundido con un llamado interior si no fuera porque él sabía bien que el corazón es engañoso.

Como tampoco creí encontrar allí algo concreto digno de retener, continuó el noble moribundo, dejé también al poeta, no sin darle antes un cariñoso abrazo de despedida, y seguí mi camino.

Después conocí a varios otros personajes. Cada uno con su modo de ver las cosas. Algunos muy seguros de sí mismos, pero, según mi entender, todos perdidos por igual, en la misma maraña inexplicable.

Un día me crucé con un hombre que, sentado como un mendigo a la orilla del camino, me llamó la atención por la calidad de su vestimenta, la que contrastaba enormemente con su indigna postura.

Al acercarme, éste apenas me miró y, como adivinando mi intención y curiosidad, con un dejo de tristeza, me invitó a sentarme a su lado.

Cuando lo hube hecho, el hombre comenzó a contarme sobre su vida.

Me dijo que él había sido un hombre piadoso, y que buscando a Dios, creyendo haberlo encontrado, por diferentes circunstancias había tenido que sufrir una terrible decepción. Y que, al descubrir luego de esto que Dios realmente no existía, se había convertido en el hombre más desdichado, cayendo sin más en una insoportable soledad y quedándose sin tener a nadie en quien buscar refugio ni tampoco a quien culpar.

Había vuelto a ser libre otra vez. Y esa libertad le había hecho caer en el vacío atroz de una espantosa realidad.

Al preguntarle yo, continuó el moribundo Duque, por aquello que le había causado tan amarga decepción, el hombre prosiguió eludiendo mi pregunta.

- ¿Quién quiere un Dios así, me replicó, escondido en su nube y guardando completamente silencio e ignorándonos, mientras la desdicha y la desgracia abundan entre los que se supone, él mismo ha creado?

Pero lo peor, continuó el hombre diciéndole al Duque, ha sido el darme cuenta de que todo no era más que una invención y que a pesar de que yo hubiese dado cualquier cosa por que esto fuese realidad, no lo era. Y ni yo ni nadie podía hacer algo al respecto.

Todo es una tremenda mentira, dijo finalmente, una maldita realidad; pero al fin, y sin más, la única realidad.

Como tú ves, le dijo el moribundo Duque al extranjero, después de mencionar únicamente a estos tres: al fanático, al agnóstico y al decepcionado; cosa bien difícil me resulta el responderte la pregunta que me has hecho acerca de mis creencias.

A veces creo ser como el segundo personaje, sin atreverme yo tampoco afirmar una u otra verdad. Por eso he preferido practicar la prudencia guardando mi distancia y observando a mis semejantes batirse contra los más insólitos fantasmas.

El extranjero, que hasta el momento había permanecido en silencio escuchando, creyendo haber entendido en esta última declaración la respuesta a su pregunta, le dijo:

- Al principio te hice saber que, según tu respuesta a mi pregunta sobre tus creencias, te indicaría yo el camino a seguir cuando cruces a la otra vida. Y lo haré, pero antes te ruego que escuches lo siguiente:

"Yo conozco la suerte de los tres sujetos que mencionaste. El primero se quema en el infierno sufriendo enormes tormentos, especialmente en su lengua. Así su soberbia ha sido reducida a cenizas y deberá pagar el daño hecho a tantos de sus semejantes. Ahora tiene todo el tiempo del mundo para darse cuenta de que fue víctima de su propia arrogancia y voluntad de poder. Y en el lugar que ahora se encuentra ya debe haberse arrepentido hasta las lágrimas de su vanidoso y absurdo comportamiento.

El segundo, el agnóstico, vaga ahora por el éter sufriendo los mismos embates existenciales de su vida anterior. Para él ese es su lugar, entre la luz y la oscuridad, y nadie sabe si algún día encontrará o no el camino que lo libere de su persistente y poco confortable situación.

El tercero, ése a quien tildaste de decepcionado, ha recibido la misericordia divina y descansa ahora en paz junto a su creador. El hacedor ha tenido misericordia de su condición y a pesar de sus blasfemias, en virtud de su pasada fe, ha decidido reconfortarlo otorgándole esa gracia."

Después de esto, continuó el extranjero, espero tu última y definitiva respuesta, pues yo he sido enviado aquí para abrir los ojos a todos aquellos que aún tengan alguna posibilidad de ser conducidos a un buen fin y evitarles un posible y desagradable castigo.

A decir verdad, respondió el Duque, al parecerme tú nada más que otro de esos fantasmas con los que he visto a mis semejantes batirse durante los duros años de su existencia, prefiero morir pensando que fui leal y honesto conmigo mismo; que estuve lleno de la alegría de vivir y que no fui arrastrado por ningún mercader o prestidigitador de verdades. Así que he decidido responderte sólo lo siguiente:

- Que ocurra lo que tenga que ocurrir, pues de la otra vida siempre pensé en ocuparme cuando sea su momento. Por ahora, sólo me importa esta vida y los minutos que me restan, sin que sienta la necesidad de afirmar alguna cosa en forma absoluta, pretendiendo con ello una certeza que no poseo. Por lo que te ruego salir de mi castillo lo más rápido posible y desaparecer. Tu presencia no es grata en esta casa.

Entonces, la muerte, después de escuchar esta inesperada respuesta, se alejó furiosa de su lecho, y el moribundo Duque se recuperó al instante, milagrosamente.

Cuarta Historia

EL PREGONERO DEL FIN DEL MUNDO

Su misión era que la gente tomara conciencia de la proximidad del fin del mundo. Y en eso se esmeraba, llamando la atención de sus contemporáneos usando una retórica y un repertorio fuera de lo común.

El asunto no era fácil, y a veces, parecía que se encontraba predicando en el desierto; pero claro, esta indiferencia no lograba hacerlo desistir de su propósito; una misión es una misión y todo en él le decía que tenía que cumplirla.

Básicamente, su método consistía en llegar a un pueblo e instalarse en el centro mismo de la plaza principal, a predicar a "grito pelado" las innumerables profecías sobre el fin del mundo. Como tenía una gran voz llamaba rápidamente la atención de la gente y como agregaba a ésta una curiosa seguidilla de gestos realizados con todos sus miembros, nunca faltaba el auditorio. La gente se acercaba curiosa a escuchar a este forastero que con tanta pasión recitaba su parlamento como el mejor actor callejero.

" Y el día que menos lo piensen, decía, todo acabará en este mundo. Verán que el cielo se parte en pedazos, como un cristal, y cae encima de los atribulados mortales muertos de miedo, mientras ven a la tierra al mismo tiempo, comenzar a abrirse y a tragarse, literalmente, a sus habitantes. Será terrible. Jesucristo lo anunció. Lo predijo también Nostradamus y todos los adivinos, sin excepción, no dejan de proclamar el mismo mensaje. Por lo tanto, quien no escucha no se prepara y quien no se prepara sufrirá doble aflicción, pues este acontecimiento lo encontrará entonces desprevenido e incapaz de hacerle frente con la entereza necesaria".

Algunos de los que escuchaban simplemente lo tildaban de loco y se alejaban, pero no faltaban aquellos que eran profundamente tocados por este mensaje apocalíptico y por lo mismo, se apoderaba de ellos un miedo espantoso; un temor que los urgía a continuar escuchando sin que pudieran detenerse, como habiendo sido imantados por el poder de sus palabras.

Así era como, en algunas ocasiones, le habían hasta lanzado piedras y expulsado del pueblo, pero también en otras ciertas personas lo habían invitado a sus casas inquiriendo más detalles y recibéndole como a un verdadero profeta.

II

Villaluz era un pueblo en todo como los demás, con la mayoría de sus calles de tierra y con una plaza pública como centro de sus actividades. Nada parecía indicar alguna diferencia notable entre este pueblo y los otros y, bajo el calor moribundo de la tarde, llegó hasta la plaza para prepararse e iniciar su acostumbrada prédica.

Comenzó a gritar entonces su habitual "Acercaos gente de este pueblo", con lo que solía abrir su repertorio. Luego se dedicó a dar vueltas como si danzara alrededor de un pequeño círculo invisible, llamando así la atención de los pocos presentes que se encontraban a esa hora en la plaza.

" El fin del mundo se acerca, repitió varias veces, los días están contados para este planeta y sus habitantes. Acaso no han leído la Biblia, continuó diciendo, en el libro del apocalipsis dice que..."

Y ahí se lanzaba en su espectacular oratoria, porque se conocía el libro de Juan el evangelista como la palma de su mano. Y luego continuaba citando las profecías de Lourdes y las de unas cuantas otras vírgenes conocidas por sus mensajes apocalípticos. Sin dejar, por supuesto, de agregarle algo de su propia cosecha para hacer más atractiva la prédica.

Estuvo allí predicando como una hora, hasta que, con la llegada del fresco comenzaron a juntarse más y más vecinos atraídos por la curiosidad.

Decidió gritar nuevamente su acostumbrado "Acercaos gente de este pueblo" y con placer vio como su auditorio aumentaba considerablemente.

"Nadie se salvará", gritó poniendo énfasis, y notó en quienes lo escuchaban un gesto de expectación y al mismo tiempo de incredulidad.

"El mundo acabará pronto, continuó diciendo sin embargo, decidido. Grandes plagas azotarán a la humanidad hasta hacerla desaparecer y nadie, absolutamente nadie se salvará. Ninguno. Así que prepárense, estén atentos, porque el fin vendrá de improviso como un ladrón en la noche... y no habrá fe ni misericordia suficiente para evitarlo."

Sin darse cuenta había pasado el tiempo pero, aún siendo casi el final de ese día, la gente continuaba allí escuchándolo, inmóvil. Él les predicó todo lo acostumbrado, y comenzó a sentirse un poco incómodo, pues jamás antes le había tocado un público tan atento y misterioso.

Sucedía que los miraba a los ojos y seguía viendo en ellos esa misma expectación del principio. Hasta que llegó entonces al punto que no supo qué hacer y decidió poner fin a sus palabras. Elevó la cabeza y sus brazos hacia el cielo en señal de acción de gracias y guardó completamente silencio, esperando que la gente diera también por concluida la reunión.

Pero nadie se marchó. Y cuando él abandonó el centro de la plaza, uno de los presentes avanzó hacia este lugar e hizo callar a la multitud que se había entregado a entusiastas comentarios.

Parecía que todo el pueblo se había reunido en la plaza esa noche y el predicador quiso permanecer allí observando el desenlace de este singular episodio. Aquel que tomó su lugar en el centro de la plaza era uno de los vecinos que, por la atención que también a él le prestaron, debía ser uno de los notables del pueblo.

"Amigos, les dijo, dirigiéndose a toda la comunidad, regocíjense, porque ya hace tiempo que sabemos lo que este forastero nos ha recordado, una vez más, tan claramente esta noche. Y sabemos que todo está dispuesto. Nosotros sí que nos salvaremos. Cada uno tiene

sus instrucciones y todos los preparativos han sido hechos sin dejar absolutamente nada a la deriva.

Si el cielo se parte, no importa. Si la tierra se agrieta, tampoco. Para todo estamos preparados.

Sería ahora un noble gesto de nuestra parte, continuó, si invitamos también a este hombre a salvarse precisamente de aquello que él mismo con tanto temor, razón y vehemencia vaticina."

Todo el pueblo acordó la proposición y el predicador sintió que lo miraban fijamente de un modo amistoso.

IV

Cinco años después el otrora predicador se encontraba completamente integrado a la comunidad de Villaluz.

Aún se esperaba el fin del mundo, que no ocurría, y pocas cosas llegaban hasta allí para romper la rutina cotidiana.

Él se preguntó muchas veces por qué se había quedado, obteniendo como respuesta no más que una serie de razones poco claras que no lo dejaban nunca completamente satisfecho.

A veces estaba seguro que había sido por la sola razón de haberse encontrado con esa gente extraordinaria; organizada para enfrentar cualquier cataclismo con un conocimiento y una fe abismantes.

Pero, al rato se decía que esto no era posible, porque el fin del mundo sobrevendría a todos sin que nadie, absolutamente nadie se salvara, por lo que cualquier esfuerzo resultaba improductivo y vano.

Lo cierto es que, sin duda, algo importante lo había retenido allí. Algo más fuerte que el anunciar a todos el próximo fin del mundo, como había sido hasta entonces su propósito.

Y sucedió que un día como los demás llegó otro forastero al pueblo, el que con mucha personalidad y una voz poderosa se instaló en medio de la plaza y se puso a predicar sobre el inminente Apocalipsis.

La gente volvió a actuar como de costumbre en estas ocasiones, y esta vez él entre ellos. Se reunieron todos a escuchar al nuevo orador y a dejarlo hablar hasta cuando le diera gana. Luego, uno de los notables se instalaría a su vez en el centro de la plaza, invitándolo a salvarse con ellos de ese mismo cataclismo, ese próximo fin del mundo que todos, al igual que él, cada uno en su tiempo, tan convencidos predicaran.

Epílogo

Así el hombrecillo contó historias sin parar durante cuatro días con sus noches y después de cada historia estimulaba al príncipe a no desfallecer y seguir escuchando, hasta que llegó a narrar una historia sobre la cual es preciso que nos detengamos.

Escucha la siguiente historia mi príncipe, dijo el hombrecillo, que ella te sorprenderá sin lugar a dudas, y enormemente:

- Este era una vez un príncipe que amaba todo aquello que fuese misterioso y que llevado por su enorme curiosidad logró reunir en su poder algunos de los más espectaculares fenómenos del universo.

Entre otras cosas él descubrió, en una de sus búsquedas, a un pájaro que hablaba perfectamente, y que no hablaba solamente su lengua sino que todas las lenguas conocidas, pudiendo opacar hasta al sabio de más renombre. Descubrió también que existía una flor capaz de domesticar a la bestia más salvaje y a la vez enfurecer al más pacífico de los hombres.

Su nombre se hizo famoso en todo el mundo, y tanto, que visitaban su corte los personajes más extraños atraídos por sus excéntricos descubrimientos pero, también por la generosidad del príncipe, que no trepidaba en pagar muy bien a quien le aportara algo espectacular que permitiera aumentar su valiosa y singular colección.

Un día apareció un hombrecillo que sin parar de hablar contaba historias en forma ininterrumpida. El príncipe, sorprendido, no sabía si por las historias o por la forma que tenía éste de contarlas, accedió a escucharle sus cuentos sin detenerse, duraran éstos el tiempo que duraran en contarse.

Al quinto día, el príncipe, que no había tenido tiempo para aburrirse, pero al que su organismo le pedía ahora un poco de reposo, escuchó al hombrecillo comenzar a contar su propia historia.

En esta historia se encontraba por supuesto la clave para comprender muchos de los secretos escondidos en las narraciones anteriores, pero, el príncipe, no pudiendo resistir un segundo más, se durmió, perdiendo con esto todo posible beneficio.

Sin embargo, el hombrecillo de los cuentos, que había sido el discípulo de un gran sabio quien le había enseñado a ser tan buen orador como buen hombre, accedió a darle otra oportunidad.

Tuvo que despertar al príncipe y alertarlo de las consecuencias de la pérdida de su vigilia. Le dijo: Señor, si persistes en dormir tendré que borrar de tu mente todo lo anterior y perderás además, irremediabilmente, toda recompensa. Por lo que te ruego que te

mantengas despierto y escuchando, no sea que justo ahora que has oído la mayor parte, te condenes al final, sin conocer lo más importante, es decir, aquello que te dará, como te lo he prometido, la clave para alcanzar un tesoro inimaginable.

Entonces, el príncipe, a quien le contaban este cuento, al percatarse de la similitud del relato con su situación personal, se tocó con sus manos el cuerpo y la cabeza como para cerciorarse de que estaba aún bien despierto y de que no le sucedería, de ningún modo, lo que al personaje de la historia; y cuando finalmente escuchó al hombrecillo relatar cómo era que el príncipe de su cuento se había despertado después de oír su convincente advertencia, cayó él ahora, a su vez, completamente dormido en el más profundo de los sueños.